

BREVE HISTORIA DE LOS COWBOYS

BREVE HISTORIA DE LOS COWBOYS

Gregorio Doval



Colección: Breve Historia
www.brevehistoria.com

Título: Breve Historia de los *cowboys*
Autor: © Gregorio Doval

Copyright de la presente edición: © 2009 Ediciones Nowtilus, S.L.
Doña Juana I de Castilla 44, 3º C, 28027 Madrid
www.nowtilus.com

Editor: Santos Rodríguez
Coordinador editorial: José Luis Torres Vitolas

Diseño y realización de cubiertas: Universo Cultura y Ocio

Diseño del interior de la colección: JLTV

Maquetación: Claudia Rueda Ceppi

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece pena de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaran, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

ISBN-13: 978-84-9763-583-7

Fecha de edición: Marzo 2009

Printed in Spain

Imprime: Imprenta Fareso S.A.

Depósito legal:

ÍNDICE

Capítulo 1:

TEXAS Y EL GANADO	11
LA LLEGADA DEL GANADO A TEXAS	11
EL NACIMIENTO DE LA GANADERÍA TEJANA	14
La raza cornilarga tejana	20
El modelo ganadero hispano-mexicano	23
LA GANADERÍA EN LA REPÚBLICA DE TEXAS.....	28
LA GANADERÍA EN LA TEXAS ESTADOUNIDENSE	32

Capítulo 2:

LA INDUSTRIA GANADERA TEJANA	35
EL PRIMER <i>BOOM</i> DE LA INDUSTRIA GANADERA	35
La guerra retrasa el despegue	39
Una proeza natatoria	40
LA GANADERÍA TEJANA DE POSGUERRA	43
Una enorme riqueza a explotar	50
LAS PRIMERAS GRANDES EXPEDICIONES GANADERAS...	54
La fabulosa historia de Nelson Story	57

Goodnight y Loving, dos grandes pioneros.....	61
El último viaje de Oliver Loving.....	70
Goodnight sigue haciendo historia	78

Capítulo 3:

FULGOR DE LAS CIUDADES GANADERAS...	83
EL EMPEÑO VISIONARIO DE JOSEPH MCCOY	83
La elección de Abilene	87
La legendaria Senda Chisholm	90
Las dificultades del camino	94
Abilene, prototipo de ciudad ganadera	98
ALTIBAJOS DE LAS CIUDADES	
GANADERAS DE KANSAS.....	105
Crisis y relanzamiento	108
De ciudad en ciudad	114
Dodge City, “Gomorra de las praderas”	121
Mitos y leyendas de violencia	127

Capítulo 4:

LAS VACAS LLEGAN A LAS

GRANDES PRADERAS	133
EL BÚFALO DEJA SITIO A LA VACA	133
Las Grandes Praderas	135
Un imperio herbáceo vacante	140
Un ejército de <i>cowboys</i> se traslada al Norte	145
La Senda Occidental	148
LOS “BARONES DEL GANADO”	152
Richard King, “el rey del ganado tejano”	153
John Chisum, el barón por excelencia.....	157
Un amplio muestrario de barones	
para todos los gustos.....	162
Print Olive, un barón atípico.....	167

Capítulo 5:

EL MUNDO DEL <i>COWBOY</i>	171
UN HOMBRE DE SU TIEMPO Y SU LUGAR	171
El legado del vaquero mexicano	176
Gran mezcla de orígenes	178
Los <i>cowboys</i> negros	180
ALGUNOS RASGOS DEL CARACTER DEL <i>COWBOY</i>	188
A falta de médicos.....	194
EL <i>COWBOY</i> , UN PERSONAJE INCONFUNDIBLE	198
El atuendo vaquero.....	199
El sombrero Stetson	200
Las herramientas y las armas de un <i>cowboy</i>	206
La silla de montar	208

Capítulo 6:

EL <i>COWBOY</i> EN ACCIÓN	213
UN TRABAJO ESTACIONAL	213
El rodeo primaveral.....	217
El mercado de las reces	220
Los becerros mavericks	227
La doma de caballos.....	227
El paro invernal	230
LA VIDA EN EL RANCHO	234
LAS CONDUCCIONES DE GANADO	239
La carreta de provisiones o <i>chuckwagon</i>	242
El viaje	247
El día a día de una expedición ganadera	252
Bueyes-guía	255
La estampida y otros peligros	256
El ocio al final del camino	264

Capítulo 7:	
GUERRA EN LAS DEHESAS	269
LAS ALAMBRADAS Y EL FIN DE	
LA GANADERÍA CLÁSICA.....	269
Un nuevo orden	275
La industrialización de la ganadería.....	280
El fin de la ganadería itinerante	285
APARECEN LAS PISTOLAS	289
Cuatrerros, pastores y ganaderos	294
El conflicto entre vaqueros y ovejeros	298
LAS GUERRAS DE LAS DEHESAS.....	305
La guerra del condado Lincoln	313
La guerra del condado Johnson.....	320
Capítulo 8:	
EL CREPÚSCULO DEL <i>COWBOY</i> CLÁSICO	331
EL FINAL DE UNA ERA.....	331
EL <i>COWBOY</i> Y EL MUNDO MODERNO	333
LA LEYENDA DEL <i>COWBOY</i>	338
Bibliografía	347

6

EL COWBOY EN ACCIÓN

Montado en mi caballo favorito, con mi reata al alcance de la mano, mis fieles pistolas en el cinturón y las grandes llanuras, de las que cada rincón me era familiar, extendiéndose millas y millas por delante, sentía que podía desafiar al mundo.

Nat Love, *The Life and Adventures of Nat Love, Better Known in the Cattle Country as "Deadwood Dick"* (1907).

UN TRABAJO ESTACIONAL

Lejos de la imagen romántica que luego se impondría, el *cowboy* era, de hecho, un esforzado trabajador de la industria del ganado, que trabajaba cuidando los bienes de otros, arriesgando su vida y viviendo la mayor parte del tiempo a la intemperie, a cambio de un dólar por día y la manutención.

El trabajo de *cowboy* se desarrollaba principalmente en el rancho y solía ser temporal, cuando no ocasional, y aunque algunos tuvieran la suerte de encontrar un patrón que les pudiera dar trabajo todo el año, eran muy pocos los que se dedicaban a este oficio de por vida, ya que las exigencias de la labor y las duras condiciones en las que se realizaba lo hacían imposible para hombres de cierta edad. El sueño de todo *cowboy* era ahorrar para algún día poseer su propio rancho. Casi nunca se cumplió.

Su trabajo con el ganado era estacional y variaba en función de la estación del año. En las etapas de

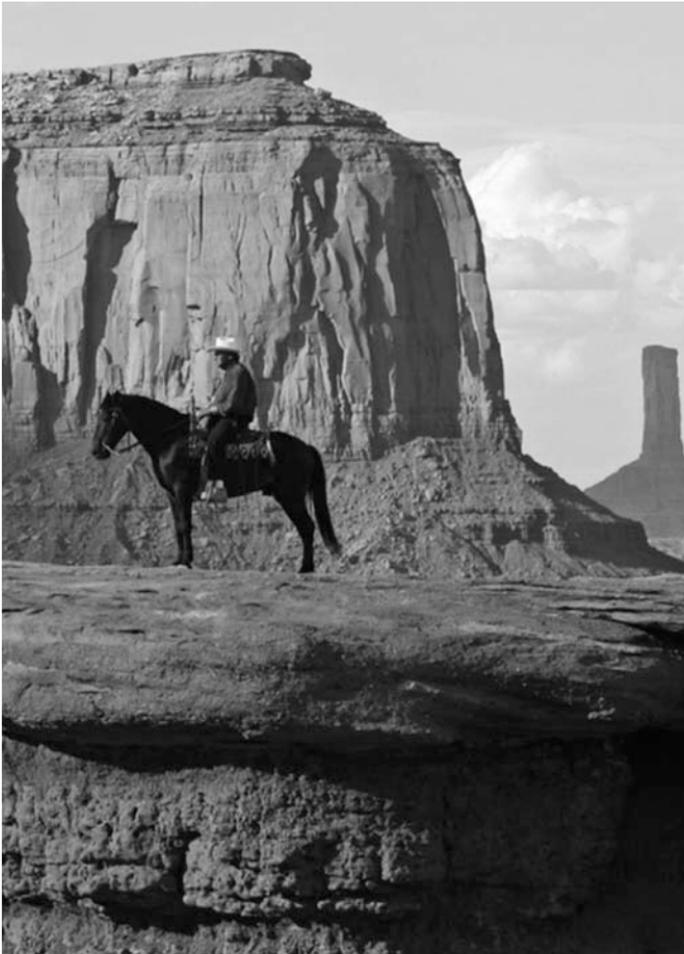
sequía había que llevar el ganado a nuevos pastizales y abrevaderos; en las de lluvias, había que vigilar las estampidas provocadas por las tormentas, durante las que se perdían numerosos animales; en época de alumbramientos, cuando las vacas se separaban de la manada para parir, había que reunir el ganado extraviado... Así, el *cowboy* se pasaba el día entero cabalgando, yendo y viniendo constantemente, adelantándose muchas veces a toda velocidad a la manada, cortando el paso, haciendo regresar a las reses descarriadas, etcétera.

Los primeros brotes de hierba de la primavera señalaban el comienzo de la temporada alta del trabajo de *cowboy*, que no finalizaba hasta bien entrado el otoño, cuando recibía su paga tras la conducción del ganado hasta una ciudad ganadera. Durante estos meses, su trabajo era duro, arriesgado y muy peculiar. De entrada, su oficio le hacía estar casi todo el tiempo a caballo.

A lo largo del año, la vida del *cowboy* se ordenaba alrededor de tres actividades estacionales básicas: atender los pastos, llevar a cabo el rodeo anual y arrear el ganado hasta los centros de distribución. De los dos segundos hablaremos más en extenso más adelante, pero en cuanto a atender los pastos entrañaba cabalgar centenares de kilómetros para supervisar el ganado mientras este deambulaba en busca de los mejores pastos, impidiendo que las reses a su cuidado invadieran las fincas vecinas, que comiesen hierbas venenosas o que bebiesen en los muchos pozos de agua contaminada que salpicaban el territorio. A menudo, los *cowboys* tenían que rescatar animales que habían caído en barrancos o que se habían atascado en pasajes peligrosos entre las rocas.

En esta fase del año, la tarea cotidiana consistía básicamente, pues, en patrullar a caballo por todas las praderas del rancho y en traer a su interior a las reses

Breve historia de los *cowboys*



El espíritu indómito del cowboy hallaba la compensación a todos sus sufrimientos en su independencia. Como escribió en cierta ocasión uno de ellos: “El cowboy, si conoce su oficio, nunca recibe órdenes cuando está en el campo.

Es siempre su propio jefe”.

que se hubiesen salido de los límites, además de revisar y, en su caso, reparar las cercas, romper el posible hielo que cubriera las pozas de agua, repartir bloques de sal para las reses y detectar y combatir en lo posible los brotes de enfermedades de los animales.

Cuatro veces al año se reunían los capataces de cada rancho para discutir y decidir, entre otras cuestiones, la fecha de los rodeos, las compraventas de ganado y equipo y las necesidades de personal de esa temporada. En marzo o abril, el patrón reclutaba los vaqueros necesarios en su explotación ese año. Su compromiso comprendía la realización del rodeo de las reses y su traslado desde el rancho hasta el punto de embarque ferroviario.

Aparte de los pocos lapsos relajados, el *cowboy* hacía honor a su fama. Trabajaba brutalmente y sus tareas le exigían agilidad, fortaleza, valor y resistencia. No había bajas laborales posibles y cualquier accidente, herida, enfermedad o molestia se tenía que curar por sí solo, sobre la marcha. A todo *cowboy* que se preciase se le suponía capaz de mantenerse en pie toda la noche si el cuidado de la manada así lo exigía, así como la capacidad para manejar revólveres y de disparar con ambas manos y, curiosamente, la falta de algunos dientes a causa de alguna coz recibida durante los rodeos, momento del año en que los vaqueros solían decir que las reses tenían por lo menos ocho patas. Si un *cowboy* conservaba su dentadura intacta, se le miraba con cierto recelo y se pensaba que era un vago y que se había escaqueado del trabajo.

Las condiciones climáticas en que trabajaba eran, además, muy exigentes. Durante gran parte del año se las tenía que apañar sin compañía femenina, algo no siempre llevadero para muchachos que acababan de dejar su adolescencia. Y, cuando finalmente la conseguían, las únicas mujeres que podían esperar encontrar en condiciones de igualdad eran las prostitutas. Su bajo

nivel social y cultural, sus penurias, su vida nómada..., todo se confabulaba para negar al *cowboy* la posibilidad de casarse y tener una familia, por lo menos mientras permanecía activo en aquel mundo cerrado. Además, si la suerte le ponía en compañía de una mujer, por lo común tampoco sabía muy bien cómo sacar provecho de ello, pues, por falta de costumbre, no solía dominar las artes sociales.

Pero su espíritu indómito hallaba la compensación a todo en su independencia. Como escribió en cierta ocasión uno de ellos: “El *cowboy*, si conoce su oficio, nunca recibe órdenes cuando está en el campo. Es siempre su propio jefe”.

EL RODEO PRIMAVERAL

En Texas, donde las vacas parían por regla general a mediados de marzo, cada primavera, más o menos el 1.º de abril, comenzaba el rodeo (*round-up*), una batida de animales que duraba como mínimo una semana o diez días, y en la que se localizaba y se reunificaba la manada del patrón. Aquel era el momento en que la hierba comenzaba a ser de buena calidad y abundante y los terneros ya habían crecido lo suficiente como para ser marcados.

Era frecuente que el ganado se dispersara muchas millas en busca de pastos y la labor de reunirlos fuese ardua. Para llevarla a cabo, los *cowboys* se organizaban bajo las órdenes de un capataz y, en grupos de dos o tres, batían los prados en busca de todo el ganado propiedad de sus patrones, lo reunían y lo arreaban de vuelta al corral del rancho. Muchos de estos animales estaban en estado salvaje, por lo que completar la tarea podía llevar varios días.

Una vez reunidos los animales y, por lo común, tras llevar a cabo la buena práctica de vecindad de



En Texas, donde las vacas parían por regla general a mediados de marzo, dos o tres semanas después comenzaba el rodeo, una batida de animales que duraba como mínimo una semana o diez días, y en la que se localizaba y se reunificaba la manada del patrón.

devolver las reses perdidas a sus legítimos dueños, se separaban los terneros de sus madres para proceder a su marcado. Los terneros no marcados eran una gran tentación para los cuatreros. Después, se tenía que aislar a los novillos para proceder a su castración, si es que no se iban a dedicar a la cría. Finalmente, en los ranchos de Texas y de todo el Sur, también había que separar y reunir aparte los bueyes maduros aptos para la venta que formarían parte de la expedición al norte de ese año. En los ranchos de las Grandes Llanuras, esta operación se llevaba a cabo durante el otoño.

En tiempos de rodeo en campo abierto, los *cowboys* trabajaban casi unas dieciséis horas seguidas. La jornada comenzaba a eso de las tres de la madrugada cuando el cocinero avisaba de que el desayuno estaba ya listo. Poco después, el capataz daba la orden de ponerse en marcha y los *cowboys* finalizaban el desayuno, cogían su reata y se acercaban a la remuda para escoger su caballo de trabajo. Se improvisaba un corral de cuerdas pasando una por cada rueda de un lateral del *chuckwagon*, formando con ella una gran uve.

Cuando todos los caballos estaban ensillados y embridados, el capataz especificaba el orden del día y los cometidos individuales de cada uno, y les convocaba para una hora y un lugar precisos al final de la jornada, al atardecer.

Mientras el cocinero conducía el *chuckwagon* durante los kilómetros asignados para llegar al próximo lugar de acampada y prepararlo todo antes de mediodía, los *cowboys* cabalgaban unos 25 kilómetros, cada uno en una dirección, para comenzar a reunir el ganado que encontrasen en su área designada. Una vez recuperadas las reses del día, todos se reunían en el punto prefijado, donde les esperaba el *chuckwagon*.

A medida que los animales iban engrosando una manada cada vez mayor, se hacía más necesario que

algunos jinetes formasen cada noche un anillo de seguridad alrededor de la manada.

Durante los años de superabundancia de reses, muchas personas oportunistas (a las que se solía llamar *sooners*, es decir, “tempraneros”) recorrían los pastos libres unos días antes de iniciarse el rodeo de primavera para recoger todos los animales que encontrasen sueltos sin marcar, reunirlos y aplicarles su propia marca, incluidos los terneros, aunque para ello tuvieran que apartar o matar a las madres, cuya marca hubiera delatado la apropiación indebida. Cuando el ganado salvaje fue haciéndose más raro y los rancheros instituyeron un control más férreo, más industrial, de las manadas, esta práctica fraudulenta prácticamente desapareció, sobre todo al instituirse el rodeo en común de todos los animales de una zona, cuando los *cowboys* de diferentes ranchos o equipos trabajaban juntos para localizar y separar los animales de cada uno de ellos.

EL MERCADO DE LAS RESES

Desde los primeros años de la ganadería comercial, el sistema del rancho abierto se fue expandiendo poco a poco por todo el Oeste, pero con la multiplicación de los ranchos y la proliferación de las ganaderías se hizo necesario distinguir la propiedad de los animales, por lo que se hizo forzoso su marcado o *branding* antes de que abandonaran la tutela de su madre. Esa marca individualizada se convirtió en símbolo de identificación de los propietarios, que llegaban incluso a ponerla en su ropa y en su papelería particular. Cualquier tipo de alteración fraudulenta o utilización indebida de la marca era considerada un grave delito.

Muchos de los primeros rancheros anglotejano no podían interpretar el significado de las marcas

pictográficas utilizadas anteriormente, en la época hispano-mexicana, por lo que solían llamarlas genéricamente “quiensabes”, confesando pues que no podían leerlas ni sabían cómo referirse a ellas.

La mayoría de las primeras marcas tejanas consistieron en iniciales de mucha mejor interpretación. En general, se solía tratar de las iniciales del nombre del propietario (por ejemplo “JR”); otros colocaban bajo sus iniciales una raya, generalmente llamada *barr* (“barra”); si una letra se inclinaba hacia un lado, recibía el nombre de *lazy* (“floja”), de forma que una “J” inclinada se leía “lazy J”; la línea curva bajo la letra se llamaba *rocking*, de manera que una “T” sobre una línea curva se leía como “rocking T”...

La primera marca documentada en Texas la registró en 1832 Richard H. Chisholm en el condado de Gonzales. Los primeros registros oficiales surgieron durante la etapa independiente de Texas en la zona eminentemente ganadera de la costa del Golfo; por ejemplo, el condado Harris lo abrió en 1836. A partir de 1848, funcionarios estatales llevaron un registro oficial de marcas, aunque todavía no se estableció legalmente que la simple inscripción de una marca en el registro sirviera como prueba fehaciente de propiedad.

Cuando cada año llegaba el momento de separar de sus madres los terneros a marcar, el *cowboy*, trabajando al alimón con su bien entrenado caballo de recorte, tenía que anticipar los movimientos de la vaca y bloquear todos sus intentos de volver a la manada. Cada *cowboy* solía disponer de ocho o diez caballos para su uso personal. Cuando el vaquero entraba en la manada para separar a los terneros, montaba un caballo fresco, y cada pocas horas cambiaba de montura, ya que no había caballo que pudiese aguantar la fatiga del rápido e intenso trabajo de recorte. Antes de que el jinete afrontase un mar de cuernos entrecruzados,

agitados y arremolinados según las densas filas empaquetadas de ganado se cerrasen sobre él o se fuesen abriendo a su paso, no era momento para mostrar debilidad alguna, sino para conducir con decisión a su caballo, sin hacer mucho caso a los cabeceos, apretujamientos y empujones del excitado ganado.

Por entre la mole de la manada, medio escondido en el remolino de polvo, el *cowboy* y su caballo no perdían de vista al pequeño y crespo ternero elegido cada vez, que no dejaba de correr, esquivar y culebrear alrededor de su madre. El caballo, con un ojo avizor, descubría casi al mismo tiempo que su jinete qué ternero era el elegido y, a partir de ese momento, necesitaba pocas órdenes. Seguía al galope a la madre del ternero, ciñéndose constantemente hacia el flanco de la manada. A su pesar, la vaca se iba acercando gradualmente al borde y, al final, se salía de la manada, seguida muy de cerca por su ternero. Una vez aislado este, el *cowboy* tenía que poner en práctica toda su pericia con la cuerda: hacía un lazo corredizo en su reata, lanzaba el lazo sobre la cabeza del ternero o alrededor de sus patas traseras y lo apretaba, trabando al animal.

En aquellos momentos, el corral era un auténtico caos. El aire se rasgaba con los mugidos de las angustiadas vacas privadas de sus terneros, con el ruido de fondo del fragor de las reses empujándose unas contra otras en el corral, con los relinchos de los caballos, con los disparos al aire, silbidos y gritos de los *cowboys*, con el crepitar de los hierros de marcar al posarse sobre el pelo y la piel y con los gemidos de dolor de los asustados y doloridos terneros...

Una vez inmovilizado el becerro, intervenía el *flanker* o tumbador, que le pellizcaba en la oreja, lo que le hacía dar un brinco, y, al mismo tiempo, tiraba violentamente de las patas traseras, de manera que el animal caía al suelo sobre su lado derecho, presentando el izquierdo al hierro de marcar. Otro método

consistía en agarrar la piel floja del vientre, cerca del costado; el becerro se sobresaltaba, el *cowboy* apoyaba una rodilla sobre su vientre y tiraba de los pliegues de la piel, lo que hacía caer al animal. Otro *cowboy* se arrodillaba sobre el cuello del animal y le ataba las patas delanteras, mientras que un tercero le extendía a la fuerza las traseras. En ese momento, el *iron man* o marcador aplicaba el hierro, lo que exigía cierta destreza: si lo apoyaba demasiado, podía provocar una quemadura grave al animal; si no lo apoyaba lo suficiente, la marca no quedaba clara. Algunos *cowboys* maleados recurrían al ardid de marcar muy poco al animal, quemándole solo el pelaje, a fin de que, cuando le volviera a crecer, el animal quedase sin marca y pudiese ser herrado fraudulentamente por el *cowboy* en cuestión o por sus compinches.

Mientras tanto, el alboroto y la confusión seguían. Las cuerdas lazadas silbaban por el aire. Los caballos de recorte resollaban, sudaban, corcoveaban y se encabritaban. El *cowboy*, se cubría de polvo hasta las cejas y el bigote. Los bueyes mugían, mientras la manada se cimbreaba de un lado a otro. Las vacas cargaban contra sus perseguidores. Los añojos corrían veloces por el campo abierto, perseguidos por los *cowboys* de apoyo...

En general, el marcado era un trabajo sudoroso, sucio y duro, pero se palpaba una gran camaradería y amistad entre los hombres que sabían que cada cual estaba trabajando en favor de un objetivo común. Algunas reses marcadas eran mantenidas en la manada escogida que seguía al *chuckwagon*, mientras que a otras se las soltaba hasta el próximo rodeo, según su destino final. Cada jornada, algunos *cowboys* se encargaban de vigilar y cuidar la manada que cada día se iba formando al lado del *chuckwagon*. Esto era un trabajo aburrido y duraba desde las cuatro de la madrugada hasta las ocho de la noche, las horas más calurosas del día.

Sin embargo, no todos los terneros acababan marcados. Existían también los llamados *mavericks*: terneros que abandonaban por distintas razones a su madre antes de recibir la marca identificativa. Puesto que no tenían dueño conocido, en los primeros tiempos, cualquiera podía apropiárselos y marcarlos con su distintivo. A medida que el país se fue llenando de pequeños rancheros, la práctica de buscar y hacerse con *mavericks* se fue generalizando. Los grandes propietarios protestaron y lograron por ley que el marcado de los *mavericks* se hiciera en tiempo de los rodeos, repartiéndolos entre los propietarios en proporción a sus manadas, para que nadie ajeno a los propietarios de la zona se aprovechara de estos ejemplares sin identificar.

El descontento popular por esta reforma, que impedía una especie de redistribución de la riqueza, dio como resultado el surgimiento de personas que apartaban a propósito los terneros de sus madres y rápidamente los marcaban o alteraban las señas. Como era difícil probar tal delito y, a la vez, era impopular perseguir a los que así actuaban, tratándolos por igual que a los simples cuatreros, los ganaderos se organizaron y contrataron pistoleros diestros que defendieran privadamente, sin juicios por medio, sus intereses. Con el tiempo, a medida que se fueran radicalizando las posturas, el bandido que no era capturado en condados legalmente establecidos era juzgado por un tribunal improvisado compuesto por los mismos vaqueros; de ser hallado culpable, la sentencia, a muerte, era ejecutada al instante.

Tras el marcado del lomo, venía después el de las orejas. Cuando los animales estaban reunidos en manada, esta señal era mucho más visible que la de los lomos, lo que era muy útil cuando había que descubrir y apartar los animales de un mismo dueño dentro de una manada de varios. A efectos legales, estos signos no

Breve historia de los *cowboys*



El *iron man* o marcador aplicaba el hierro, lo que exigía cierta destreza: si lo apoyaba demasiado, podía provocar una quemadura grave al animal; si lo apoyaba poco, la marca no quedaba clara.

eran considerados testimonios de propiedad, sino que solo tenían utilidad como simple medio de identificación rápida. Como así lo sabían los ladrones, se limitaban a hacer en las orejas la marca exacta de un propietario, pero sin llegar a suplantar su marca del costado, con la esperanza de que en el rodeo los *cowboys* se confundieran y no marcaran por error a estos animales. Al año siguiente, los becerros tenían ya edad para dejar a su madre y los ladrones los atrapaban, aplicaban su propia marca y recortaban de nuevo las orejas de modo que desaparecieran las muescas anteriores.

Una vez acabada las fases de los distintos marcados, entraba en acción el *knife-man* o capador que se encargaba de castrar a los machos y que, además, les quitaba un trozo de la oreja izquierda y hacía en la derecha un agujero y una hendidura peculiares de cada rancho. Estas operaciones de marcado y castración no parece que fueran excesivamente dolorosas para los animales jóvenes, que enseguida se recuperaban. Sí lo era, en cambio, el serrado de los cuernos de los adultos, durante el cual se les inmovilizaba la cabeza entre dos postes, lo que no impedía que su cuerpo se retorciera y que algunos perdieran incluso el conocimiento.

Acabada la operación completa de marcado, el ternero era liberado y se le permitía que se reuniese de nuevo con su madre, mientras otro *cowboy* separaba y traía al siguiente, y un tercero se encargaba de ir anotando el número, sexo y marca de cada ternero.

En cuanto al rodeo de bueyes para el mercado, se llevaba a cabo entre los meses de julio y agosto. En esta fase, solo se separaban de la manada los animales maduros o bien engordados, listos para ser enviados al matadero. Las reses elegidas eran llevadas aparte y arreadas en manada de un lugar a otro según se desplazaba el rodeo de un punto a otro de los prados, hasta formar la manada final de animales a arrear hacia el mercado.

LOS BECERROS MAVERICKS

Samuel E. Maverick (1803-1870) era un letrado que ejercía de procurador en San Antonio, Texas, al que un cliente, que no podía abonarle en efectivo la minuta, le pagó con una punta de 400 cabezas de ganado, con gran disgusto del letrado, para el que nada había más ajeno a su naturaleza que convertirse en criador de reses. Sin saber muy bien qué hacer con ellas, mantuvo su propiedad, pero sin abandonar sus otras tareas y, por tanto, sin prestarles demasiada atención. En eso estalló la Guerra de Secesión y Maverick marchó a luchar en las filas confederadas, con el grado de coronel, dejando aquel legado a cargo de un capataz.

Tuvieron que pasar ocho años antes de que Maverick pudiera regresar a Texas, pero finalmente lo hizo y se llevó la sorpresa de que se había convertido sin saberlo en propietario de miles de cuadrúpedos. Aquella manada recibida como pago en especie de un cliente, aceptada a regañadientes, había procreado y sobrevivido entre el merodeo y la trashumancia. Pero lo que marcó la peculiaridad de Maverick fue el hecho de que el capataz no se había molestado en marcar a los animales de su patrón, por lo que éste optó por atribuirse la propiedad de todo el ganado que aparecía por la zona carente de hierro. La difusión del hecho hizo que el vocablo *maverick* quedara incorporado a la lengua inglesa como sinónimo de “ternero sin herrar”.

LA DOMA DE CABALLOS

También era cometido del *cowboy* la doma anual de caballos, un procedimiento de lo más brutal tanto para el caballo como para el jinete. Para el primero, la